



Irradiar la Misericordia. En la espiritualidad de san Ignacio de Loyola

TADEUSZ KOTLEWSKI SJ

Pontifical Faculty of Theology in Warsaw – Collegium Bobolanum
ORCID: 0000-0003-3527-1807

„Mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba,
así como la mi medida potencia de la summa y infinita de arriba,
y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc.,
así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.”
(EE 237)

5

Ignacio Loyola vivía con una profunda conciencia y convicción interna de que todo lo que recibía y lo que le había sido otorgado procede de la fuente de la misericordia de Dios. Incluso en los más pequeños asuntos, veía manifestaciones de la gran bondad y generosidad con la que Dios lo trataba. Pedro Ribadeneira, uno de los primeros compañeros de Ignacio, escribió estas palabras acerca de él: “La misericordia del Señor era tan grande y tan abundante la suavidad y la dulzura de su gracia hacia él, que cuanto más deseaba ser castigado de esta manera, más bondadoso era Dios y más lo colmaba con los tesoros de su infinita generosidad. Por eso, dijo que consideraba que no había otra persona en el mundo en el que estas dos cosas ocurrieran al mismo tiempo, como sucedía con Ignacio: por un lado, que se veía tan carente, tan ante Dios, tan necesitado, y por otro lado recibía constantemente tantos favores de su mano”¹.

De ahí que el Papa Francisco, refiriéndose al testimonio de Pedro Ribadeneira, destacara que: “Al formular Ignacio su experiencia de la misericor-

¹ Pedro Ribadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Jesús* (Barcelona: Librería de la Viuda e Hijos de J. Subirana, Editores, 1863), 532-533.

presenta sus combates y grandes momentos de iluminación y de favores sobrenaturales. En Loyola fue donde experimentó su gran conversión y, por las muchas gracias que en aquel período recibió, decidió emprender un nuevo camino. Como peregrino, emprendió su camino hacia Manresa, donde pasó casi un año. El primer período de su estancia allí fue un tiempo de largas horas dedicadas a la oración, pero también tuvo muchas conversaciones espirituales. Todo esto le proporcionaba paz interior, paz que, sin embargo, no duró mucho. Fatigado a causa de los escrúpulos que tenía, se sentía interiormente tan dolorido por dentro, que cierto día, al verse tan atormentado, empezó a rezar en voz alta suplicando: “Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré” (Au 23).

Este estado de ansiedad, sin embargo, no le pasaba, y a menudo alcanzaba tales extremos, que a veces le venían ganas de arrojarle al abismo, para perderse en un gran agujero. De todos modos, sabía que quitarse la vida sería un pecado y por eso comenzó a gritar: “Señor, no haré cosa que te ofenda” (Au 24). En otra ocasión, le vino el pensamiento de actuar como cierto santo, es decir no comer ni beber hasta que Dios lo ayudara, y así lo hizo. Tras una semana de similar ayuno, se lo dijo con todo detalle al confesor, quien le ordenó que dejara de ayunar. Así lo hizo, obedeció a su confesor y al día siguiente se vio libre de los escrúpulos. Años más tarde confesó que „quiso el Señor que despertó como de sueño” (Au 25). Fue entonces cuando Dios, en su gran misericordia, quiso liberarlo de los escrúpulos que lo habían atormentado durante muchos meses: “y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia” (Au 25). Así pues, lo que había experimentado fue una gracia especial de su misericordia⁶. La misericordia de Dios penetró las capas más profundas de su vida y, luego él irradiaba la misericordia a su entorno.

Los siguientes meses pasados en Manresa le trajeron nuevas experiencias místicas, profundas y particulares. San Ignacio describe este período como un tiempo especial de gracia, y menciona los nuevos dones otorgados por Dios. El primer don fue la visión de la Santísima Trinidad (Au 28). Dios se revelaba a san Ignacio, no sólo en su más profundo misterio, concediéndole la gracia de contemplar la Santísima Trinidad, sino que le otorgó la gracia de poder ver como todas las cosas creadas procedían de Dios. Contempló a Dios, Uno y Trino, en el acto de la creación. “Una vez se le

⁶ Mark Rotsaert, „Accogliere la misericordia”, *Ignaziana. Rivista di ricerca teologica*, nr 19 (2015):20.

representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella hacía Dios lumbre” (Au 29). Ignacio había recibido el don de la contemplación del acto de la creación, y a partir de entonces, ya podía ver, desde la perspectiva de Dios, todas las cosas sobre la faz de la tierra.

De este modo, Ignacio, tocado con tales gracias místicas, se convirtió en un hombre nuevo, como nos recuerda: “Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes” (Au 30). En su camino místico, Ignacio había experimentado la siguiente conversión, una profunda transformación del corazón. Este cambio se había realizado en la misma raíz de la personalidad del Santo. Jerónimo Nadal testificó que “con gran admiración y consuelo del corazón veíamos cómo aquella gracia, la luz en su alma con gran esplendor irradiaba en su rostro, y se ponía de manifiesto en la claridad y la seguridad con la que actuaba”⁷. Su acción surgía de la contemplación y de la unión con Dios, en quien estaba profundamente sumergido. San Ignacio irradiaba la misericordia de Dios, y sus experiencias místicas lo abrían a la contemplación en la acción.

8

Fortalecido e instruido por Dios, emprendió de nuevo su viaje que esta vez lo llevó, pasando por Jerusalén, Barcelona, Salamanca, hasta llegar a París. En París reúne a un grupo con sus primeros compañeros, con quienes compartirá su experiencia espiritual. También les da unos „ejercicios espirituales”, que son un reflejo de la gracia de la misericordia que había recibido de Dios mismo⁸. Después de graduarse en la Sorbona de París con un grupo de „amigos en el Señor”, Ignacio quiso ir con ellos de París a Jerusalén. Al no poder zarpar de Venecia para navegar hasta Jerusalén, se dirigieron todos a Roma para ponerse a disposición del Papa. En una pequeña capilla en La Storta, cerca de Roma, Dios Padre concedió a Ignacio una gracia especial para asociarse a Jesús: „Cuando – recuerda – estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo” (Au 86). Finalmente llegó a Roma, donde pasó el resto de su vida.

Hacia el final de su vida, cuando tenía 62 años, recordaba una gracia particular que había recibido: “que había cometido muchas ofensas contra

⁷ „Epistolae P. H. Nadal Societatis Iesu et Commentarii de Instituto”, t. IV, *Monumenta Historica Societatis Iesu*, t. 27, 651.

⁸ Luis M. García Domínguez, „La misericordia en el carisma de la Compañía de Jesús”, *Manresa. Revista de espiritualidad ignaciana*, t. 88 (2016): 8.

Nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal, más aún, siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba” (Au 99). Por aquel entonces, solía tener muchas veces al día, según contaba, visiones. Y por ejemplo explicaba: “Cuando decía misa tenía también muchas visiones, y cuando hacía las Constituciones las tenía también con mucha frecuencia; y que ahora lo puede afirmar más fácilmente, porque cada día escribía lo que pasaba por su alma y lo encontraba ahora escrito. Y así me mostró un fajo muy grande de escritos de los cuales me leyó una parte. Se trataba sobre todo de visiones que tenía como confirmación de algún punto de las Constituciones: unas veces veía a Dios Padre, otras a las tres personas de la Trinidad, otras a la Virgen que estaba intercediendo y otras que estaba confirmando” (Au 100).

Este archivo de notas no es más que su íntimo *Diario espiritual*. Se puede afirmar que el camino místico que nos relata Ignacio en el Relato del Peregrino tiene su continuación en las notas del *Diario espiritual*. En él, habla sobre sus visiones y encuentros con la Santísima Trinidad y con cada una de las Personas Divinas⁹. El Santo se sentía colmado de gracias y dones, atraído por un profundo amor en la Santísima Trinidad: “Suplicando a Jesús me alcanzase perdón de la Santísima Trinidad, una devoción crecida, con lágrimas y sollozos, y esperanza de alcanzar la gracia, hallándome tanto recio y confirmado para adelante”¹⁰. Las experiencias místicas y las visiones de la Santísima Trinidad intensificaban en él los sentimientos de piedad, de paz y gozo espiritual, aumentaban el amor, lo iluminaban y lo confirmaban. Ignacio vivió en una presencia constante de la Santísima Trinidad, se sentía atraído por Ella a vivir en un profundo amor.

Un estrecho colaborador de Ignacio, Jerónimo Nadal, nos relata lo que el mismo oyó decir al Santo: „Más tarde supe por el padre Ignacio que vive sumergido en las Personas Divinas, que recibe gracias particulares de cada una de las Personas Divinas, y que éstas son de distinta índole, dependiendo de la Persona que se las concedía. En esta contemplación, sin embargo, encuentra mayores dones en la Persona del Espíritu Santo. También supe que encuentra a Dios en la contemplación cada vez que se entra en la oración”¹¹. Y continúa diciendo: „Sabemos que nuestro Padre recibió de Dios una gracia especial para poder contemplar a la Santísima Trinidad

⁹ Tadeusz Kotlewski, „Mistyka Ignacego Loyoli. Wprowadzenie do *Dziennika duchowego*”, *Studia Bobolanum*, nr 1 (2012): 53.

¹⁰ Ignacy Loyola, *Pisma wybrane. Komentarze*, t. I, tłum. Mieczysław Bednarz (Kraków: Wydawnictwo Apostolstwa Modlitwy, 1968), 339-341

¹¹ „Epistolae P. H. Nadal Societatis Iesu et Commentarii de Instituto”, 645.

y reposar en Ella. Pronto, esta gracia lo llevaría a la contemplación de toda la Santísima Trinidad. Él quedó completamente unido a Ella, en un profundo sentimiento de devoción y agrado espiritual. Unas veces contemplaba al Padre, otras al Hijo, luego al Espíritu. Antes ya había recibido esta gracia de la contemplación de la Santísima Trinidad, pero especialmente ahora esto ocurría en los últimos años de su peregrinación terrena¹².

En sus visiones místicas, se veía yendo de una Persona Divina a otra, del Hijo al Padre, del Padre al Espíritu Santo, y se percataba de que cada una de las Personas está en la otra, que se penetran mutuamente. Ignacio experimentó de manera especial la gracia de la cercanía del Padre Misericordioso, puesto que en su Diario espiritual escribió con fe: “Me parecía que el Padre sobre todo se me revelaba y me atraía hacia Su misericordia; notaba que para conmigo estaba lleno de bondad, muy dispuesto a darme lo que yo deseaba (...). Este sentimiento o visión se intensificaba mucho, y por eso derramaba abundantes lágrimas” (Diario 328).

Las experiencias místicas y visiones de la Santísima Trinidad intensificaban en él un sentimiento de piedad, de paz y alegría, intensificaban en él el amor, llevándole la iluminación y la confirmación. Aquí merece la pena subrayar la dimensión trinitaria de la misericordia, que está profundamente presente en la experiencia cristiana espiritual¹³, y que Ignacio experimenta de un modo personal y tangible. „A largo de su vida, Ignacio –escribe Luis M. García Domínguez– sigue experimentando y reconociendo la *divina misericordia* de muchas maneras en su propia persona, con experiencia de que Dios se manifiesta como misericordioso no solo en perdón de sus pecados, sino desde el mismo hecho de darle vida humana. (...) Esta experiencia espiritual de Ignacio se refleja privilegiadamente (aunque no con exclusividad) en los Ejercicios a sus seguidores¹⁴.

2. El camino de los „Ejercicios espirituales”

Los *Ejercicios espirituales*, al ser el fruto de las experiencias místicas de Ignacio, “se convierten en un camino que conduce a las profundidades de la fe, desde el descubrimiento de Dios en el mundo hasta el empeño para comprometerse en la obra de la evangelización. Dichos ejercicios espirituales tienen la fuerza de transformar y fortalecer al hombre; sirva como ejemplo de ello el mismo san Ignacio y sus primeros discípulos, a quienes

¹² Ibidem, 651.

¹³ Dariusz Kowalczyk, „La Trinità – Misericordia”, *Studia Bobolanum*, nr 4 (2013): 76.

¹⁴ Luis M. García Domínguez, „La misericordia en el carisma de la Compañía de Jesús”, 12.

propuso hacer los ejercicios, así como muchas otras personas, tanto religiosos como seculares, que también descubrieron su valor¹⁵. Ignacio fue el compañero del camino espiritual de otras personas, sirviendo y ayudándoles, cuidando de su bienestar espiritual y de su crecimiento.

Los *Ejercicios espirituales* constituyen un camino de iniciación cristiana, que permite ir conociendo y descubriendo el rostro misericordioso de Dios Padre en Jesucristo. Es en el amor que estos Ejercicios, como camino espiritual, alcanzan su punto culminante¹⁶. En ellos, la vocación a vivir el amor revela todo su esplendor, se manifiesta. La vocación del hombre al amor viene del hecho de la creación. El hombre fue creado para crecer en el amor¹⁷. Ignacio Loyola mira al hombre desde la perspectiva de Dios y lo muestra en relación con Dios. Cuando habla sobre el hombre como criatura, siempre lo refiere al Creador. Cuando también habla sobre sus condicionantes naturales, deseos y necesidades, mira a Dios y el fin para el que el hombre fue creado. El hombre tiene un objetivo, y el primer y primordial propósito de su vida es reconocer a Dios como su Señor y Creador y hacer su voluntad. El hombre lleva dentro de sí el anhelo de Dios y este deseo lo impulsa internamente a “buscar y encontrar a Dios en todo”. En este sentido, el Santo ve al hombre como un ser que está en camino, anda en busca de Dios, en un camino donde tiene lugar su desarrollo constante y una transformación interior. El hombre es un peregrino, un “peregrino que nunca llega y que nunca se detiene. Él continúa su camino, se dirige hacia donde lo llevan sus pensamientos y sus movimientos interiores”¹⁸. Sin Dios, sin volver a Él con todo su corazón, el hombre verdaderamente no puede cambiar. El hombre ha sido creado para tener esta relación y nadie debería serle un obstáculo (EE 15). La esencia de esta relación se expresa en la comunicación de amor, que consiste en recibir y dar amor (EE 231). Este amor fluye de Dios y es el fundamento de la vida humana, razón por la cual debería suplicarlo constantemente, contemplarlo y vivirlo.

¹⁵ Tadeusz Kotlewski, „Sekret Ignacego Loyoli. Droga wtajemniczenia chrześcijańskiego w ignacjańskich Ćwiczeniach duchowych”, *Studia Bobolanum*, nr 2 (2014): 59.

¹⁶ José Antonio García Rodríguez, „Amor”, w: *Diccionario de espiritualidad ignaciana (A-F)*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana. Director José García de Castro, Colección MANRESA, t. 38 (Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007), 149-152.

¹⁷ Tadeusz Kotlewski, *Z sercem hojnym rozpalonym miłością. O mistyce ignacjańskiej* (Warszawa: Wydawnictwo RHETOS, 2005), 227.

¹⁸ Joseph Thomas, *Le Secret des jésuites. Les Exercices spirituels* (Paris: Desclée de Brouwer Bellarmin, 1984), 64-65.

Dios es ante todo Creador y Señor, y el hombre una criatura. Dios como Creador vive en el hombre y le da vida, haciendo de él su templo. “Mira como Dios – escribe Ignacio – habita en las personas, dotándolas de razón. También habita dándome ser, animando, haciéndome sentir, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo en mí, siendo creado a semejanza e imagen de su divina majestad” (cf. EE 235). Lo que es más, „el mismo Señor y Creador” se da al “alma devota, abrazándola en su amor y alabanza” y la prepara “por la vía que mejor podrá servirle adelante” (EE 15). En otras palabras, el hombre, en esta relación con Dios, el Creador, no puede olvidar que él es una criatura (EE 23). San Ignacio al poner el Fundamento de los *Ejercicios espirituales* nos introduce en el plan Divino, o en el plan de salvación de Dios. Muestra el ideal de la plena armonía entre Dios, el hombre y todo el mundo creado. También se puede afirmar que el Fundamento expresa el Misterio Divino como el Misterio del Amor.

Ignacio Loyola coloca al hombre en el contexto de un mundo enredado en el pecado. Es un mundo en el que se están librando guerras, en el que las personas maldicen y blasfeman, en el que las personas se pelean, se matan unos a otros y finalmente van al infierno (EE 106-108). Y en este contexto, el mundo para Ignacio es un entorno opuesto a Dios. No todas las cosas en el mundo son causa de desorden, sino solo aquellas que están llenas de vanidad y no ayudan al hombre a llegar a Dios. El hombre participa en este desorden, en el pecado del mundo y es solidario con todo el cosmos (EE 60).

El autor de los “Ejercicios Espirituales” indica que el pecado afecta a toda la persona. Él afirma que toda la persona experimenta un desorden interno. Ignacio señala pensamientos, palabras y actos en los que el pecado puede estar presente (EE 33-42). Este desorden y trastorno se expresa a través de sentimientos desordenados, en los apegos, en los deseos y en las elecciones que hace el hombre (EE 46, 170, 172-173). El desorden interior que experimenta cada persona y que genera tanta ira y odio, fue lo que llevó a Jesucristo a la muerte. En el coloquio final de la meditación sobre el pecado, Ignacio propone “imaginar a Cristo, nuestro Señor presente y colgado en la cruz, y conversar con Él preguntándole, cómo Él, siendo el Creador, es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados” (EE 53)¹⁹.

¹⁹ „La íntima relación – escribe Rogelio García Mateo – entre creación y encarnación, entre protología y cristología es una realidad muy presente en la mente ignaciana, como muestran las denominaciones *Criador* y *Redentor* (EE 229) o *Criador* y *Señor* (E 5, 15) referidas a Cristo; concepción que está muy en consonancia con lo que Pablo llama *misterio*”; Rogelio García Mateo, *Mística trinitaria. Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de Ávila* (Roma: ARCANE Editrice, 2014), 46.

Ignacio mira el pecado desde la perspectiva de Jesús, que es el Salvador que vino a liberar al hombre de este desorden (EE 53, 58-61, 71). El misterio del amor revela de manera especial el misterio de la redención²⁰. En dicho misterio, aún más plenamente si cabe, el hombre descubre a qué amor fue llamado y, cuál es la vocación a la que ha sido llamado²¹. Ignacio Loyola se refiere a “la exclamación admirable con crecido afecto” (cf. EE 60), que surge del hombre en relación con el misterio de la redención. Jesucristo introduce al hombre, partiendo del *misterium iniquitatis* al *misterium caritatis*. Jesucristo revela el rostro del Padre que es el “Padre de la misericordia y de todo consuelo”²², Dios rico en su misericordia²³.

San Ignacio, mediante la meditación sobre el pecado propio y el de los demás (EE 55-61), vuelve a descubrir la verdad sobre la misericordia de Dios. El propósito de estas meditaciones es suscitar la vergüenza para consigo mismo debido a los muchos pecados cometidos, y despertar el agradecimiento por la experiencia del gran amor de Dios en el misterio del perdón. “El coloquio de la misericordia” viene precedido por una exclamación llena de asombro y de un gran amor (EE 60) por la bondad experimentada, la benevolencia y la misericordia, y dicho diálogo termina con una invitación a reflexionar y dar gracias a Dios por el don de la vida dado hasta aquel momento (EE 61). Ignacio hace que el ejercitante se percate de que Dios, en Jesucristo, “hasta aquel momento siempre ha tenido tanta bondad y misericordia” (EE 71).

Ignacio Loyola, habiendo conocido la inmensidad del pecado, rompió con él para gozar de la misericordia de Dios y quedar colmado de ella. De este modo fue introducido en el misterio del amor y la misericordia de Dios para llevarlo a la gente. Dios lo fue conduciendo a través de la purificación y la iluminación hasta alcanzar la unión con Él. Dios mismo lo guió y lo “trató como lo haría un maestro de escuela para con un niño, enseñándole y, así lo fue instruyendo. Actuó así con él probablemente porque su mente aún era simple y todavía no estaba suficientemente formada; y tal vez también porque no tenía a nadie quien le enseñase, y con certeza por su firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle” (cf. Au 27). Gracias a este modo de ser guiado por Dios, Ignacio más tarde podría guiar a otros en sus caminos espirituales y convertirse en un testigo de cómo irradiaban la misericordia de Dios. El Santo “vivió, pues de la pura miseri-

²⁰ Zbigniew Kubacki „Bóg miłosierdzia – refleksja teologiczna”, *Studia Bobolanum*, nr 1 (2016): 22.

²¹ Tadeusz Kotlewski, *Amarse a uno mismo desde el fondo del corazón*, tłum. Xavier Bordas Cornet (Kraków: Editorial Misericordia, 2017), 19.

²² 2Cor 1, 3.

²³ Juan Pablo II, Encíclica „Dives in Misericordia”, nr 1.

cordia de Dios hasta en las cosas más pequeñas de su vida y de su persona. Y sentía que cuanto más impedimento él ponía, con más bondad lo trataba el Señor”²⁴.

3. La contemplación para obtener el amor

En este contexto, se puede afirmar que la primera vocación del hombre es abrirse a este amor misericordioso, es una invitación a vivir un amor así. La persona que quiere experimentar a Dios y su Misericordia de un modo especial no empieza mirando la creación, sino que dirige su mirada hacia arriba, que es de donde desciende la justicia, la bondad, el amor y la misericordia. Recibir el amor de Dios constituye el primer paso para que el hombre sea capaz de amar. El hecho de descubrir este amor Divino en la propia vida ayuda a ver su acción en todo. Dios confiere al hombre diversos dones que son, según el parecer del santo, una clara prueba de que Dios visita al hombre. A través de estos dones, el hombre experimenta en ellos al mismo Dios. Por eso, al comienzo de la contemplación, *Ad amorem*, Ignacio nos invita a pedir „conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente al reconocer, pueda en todo amar y servir a su divina majestad. (EE 233). Esta gracia del “conocimiento interior” es absolutamente necesaria para que el hombre pueda descubrir el amor de Dios.

Primero hay que “traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene” (EE 234). El santo pone al hombre ante el misterio de lo mucho que Dios colma al hombre con sus dones, y hace que sea consciente de la generosidad de Dios. Las palabras que usa en este fragmento “traer a la memoria” indican que la mente y el corazón del hombre deberían estar impregnados de la conciencia de los dones Divinos pasados, presentes y futuros, de todo lo recibido de Dios. Todos los dones en el orden de la creación y de la redención son una expresión del amor de Dios y de su gran misericordia. Al buscar a Dios en sus dones, el hombre lo encuentra. Entre los dones que recibimos, Ignacio distingue entre dos tipos. Algunos son comunes a todos, como la creación y la redención. Dios otorga estos dones a todos. El segundo tipo es un don estrictamente personal, que Dios le da al hombre según su vocación individual. El término “ellos son para mí” indica su carácter personal (EE 234). Ignacio habla de lo mucho que el hombre ha sido colmado por Dios con sus dones, ya que para él ser conscientes de haber recibido

²⁴ Francisco, *Discurso a los participantes en la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús*.

tantos dones es una clara señal del amor de Dios y de la presencia de Dios, que afecta a todos los seres humanos (EE 234 y 235; 237).

El hombre que busca a Dios puede encontrarlo en todas las criaturas, de una manera especial en sí mismo y en cualquier otra persona, porque Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza, e hizo de cada ser humano su propio templo (EE 235). En la carta a los estudiantes de Coimbra, Ignacio recuerda que Dios “os dio la existencia y la vida, y os mantiene en Él, con todas las potencias y perfecciones del alma y del cuerpo, junto con los bienes externos”. Por eso, continúa, uno debe “mirar a los demás como una imagen de la Santísima Trinidad, y que han sido llamados a participar en la gloria de Dios”²⁵. Además, añadirá en otro lugar, no se puede mirar al hombre solo a través de las manifestaciones externas, fijándose en su belleza o fealdad²⁶. El hombre es aquel lugar especial donde habita Dios, gracias a lo cual, al servir al hombre, uno está sirviendo a Dios; al respetar al hombre, uno está rindiendo honor a Dios. El camino hacia este respeto y honor mutuos es la diligencia solícita, la actitud de la verdadera humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo.

Ignacio afirma que Dios “trabaja y labora (...) en todas las cosas creadas en la faz de la tierra” (EE 236). La frase anterior expresa este tipo de presencia de Dios que se manifiesta en la acción y la actividad. En otras palabras, según el santo, este tipo de presencia de Dios se manifiesta en el proceso constante de dar vida en sus diversas formas y sostenerla, mantenerla en la existencia, dándole crecimiento y desarrollo. Dios en esta “imagen dinámica” se revela como Aquel “que se esfuerza” en favor del hombre. Además, en esta acción de Dios se revela la Divina Providencia. El mismo santo se consagró por completo a la Divina Providencia y exhortaba a que los demás también se abandonaran confiadamente a ella²⁷. En una de las

²⁵ A los hermanos estudiantes del Colegio de Coimbra, w: Ignacio de Loyola, *Obras completas*, Edición Manual. Transcripción, introducciones y notas de I. Iparraguirre, C. Dalmases, Cuarta Edición Revisada (Madrid: BAC Editorial, 1982), 722.

²⁶ Al P. Emerio de Bonis, w: *ibidem*, 1002.

²⁷ „Y así al principio del año de 23 se partió para Barcelona para embarcarse. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que le mucho instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loádosela mucho, él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaría ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le ternía afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en

cartas escribe: “Creemos que tanto en los tiempos de éxitos como de fracasos, tanto en la vida como en la muerte, Él [Dios] desea y hace lo que es bueno y útil para nosotros”²⁸. En otra de sus cartas, explica que una vez hayamos hecho todo lo que nos correspondía hacer, el resto debe dejarse en manos de Dios, cuya Providencia lo abarca todo²⁹.

Para Ignacio, la Divina Providencia está estrechamente vinculada con el amor de Dios y su misericordia, que abraza al hombre con toda su realidad³⁰. La Divina Providencia guía todas las cosas y siempre conduce al hombre hacia un bien mayor³¹. En cada acción de Dios, tanto cuando Él nos castiga, como cuando nos acaricia, se revela el mismo amor que desea el mayor bien del hombre³². En una carta a Francisco Borgia, Ignacio enfatiza: “Agradeciendo a Dios por Su eterna Majestad, no podía atribuírselo a nadie más, sino únicamente a su Divina Bondad, de la que todo proviene”³³.

Por lo tanto, san Ignacio muestra que todo proviene de Dios, así como de la fuente desciende de arriba un “poder limitado”, y así desciende la justicia, la bondad, el amor y la misericordia humana (EE 237). Este aspecto que desciende de arriba evoca el misterio del acto creador y de toda la creación, sobre lo que Ignacio recuerda: “Una vez se le presentó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con el que Dios había creado el mundo ... le parecía ver una cosa blanca de la cual salían algunos rayos, y que de ella, Dios hacía lumbre” (Au 29). Se trata de la contemplación del acto creativo de Dios y el hecho de concienciarse de que todo bien proviene de la Bondad de Dios, también todo aquello que en lo que hay la participación

solo Dios. Y esto, que decía desta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión”, Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, 35.

²⁸ A la viuda de Juan Boquet, w: Ignacio de Loyola, *Obras completas*, 932.

²⁹ Al P. Alberto Ferrarese, w: *ibidem*, 976.

³⁰ „Sea bendita su Providencia y caridad estimable, con que gobierna todas nuestras cosas”, A Juan de Vega, virrey de Sicilia, w: *ibidem*, 798.

³¹ „Si supiésemos reconocer la divina providencia y amor para con nosotros, y fijarnos de lo que ordena de nosotros la sapiencia de tan benigno padre nuestro y tan amador de todo nuestro mayor bien, creyendo que en lo próspero y adverso, vid y muerte, quiere y procura lo que más nos cumple”, A la viuda de Juan Boquet, *ibidem*, 932.

³² „Y el que mira la suavísima Providencia, confía mercedamente que todo cooperará a su bien, estando cierto que la divina y suma Bondad, lo mismo cuando castiga que cuando acaricia a sus hijos, procede siempre con la misma caridad, buscando su mayor bien”, A María Frassona del Geso: w: *ibidem*, 898.

³³ A Francisco de Borja, Duque de Gandía, w: *ibidem*, 751.

del hombre. En este contexto, se puede afirmar que la vocación del hombre, su primera vocación consiste en abrirse a este amor misericordioso, es una invitación a vivir este amor.

“Mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba... – escribe san Ignacio – así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.” (EE 237). En esta declaración hay una visión que abarca toda la realidad, es una visión holística de Dios que es la fuente de todo bien. Esta es la presencia de Dios que se revela, o dicho de otro modo, la trascendencia de Dios. Esta presencia se manifiesta en todos los dones de su bondad y misericordia, que son un reflejo de Él mismo. Al interpretar en la dimensión de la pneumatología, estas palabras de las cuales está impregnada la contemplación anterior, se puede decir que a través del Espíritu Santo, Dios desciende a la tierra. En el Espíritu Santo, Dios revela la plenitud del Padre y del Hijo, que están presentes en toda la creación y en el alma del hombre. El Espíritu Santo es el Amor de Dios que viene como un don, como una presencia, como una acción, como la imagen de Dios en el hombre³⁴.

Todas las criaturas son signos de la “íntima y gentil presencia de Dios” porque Dios mismo vive en ellas. Él vive en cada criatura: “en los elementos, dando ser; en las plantas, vegetando; en los animales, sensando; en los hombres dando entender” (EE 235). El mundo entero y todas las criaturas son lugares donde habita Dios, a través del don de la vida y de la creación. Dar vida es un signo de este inmenso amor y de la misericordia que Dios comparte con todas las criaturas. Por lo tanto, la actitud de la contemplación es absolutamente necesaria, es decir, la capacidad de mirar el mundo y todas las criaturas, para poder buscarlo y encontrarlo en todo.

La contemplación para obtener el amor es el derramamiento del Espíritu Santo que desciende como amor, que es el objeto de dicha contemplación, y también es una súplica dirigida a Dios. Para Ignacio, el Espíritu Santo es el que da, colma y confiere. El Espíritu Santo es quien da abundantes dones Divinos al hombre. A través de Él, el hombre ha recibido todos los dones que Ignacio llama en su contemplación como “ad amorem”. Estos dones de Dios, que son innumerables e infinitos son: “creación, redención y otros dones particulares” (EE 234)³⁵. Por lo tanto, el Espíritu Santo es ese especial

³⁴ José María Lera Monreal, *La pneumatología de los Ejercicios espirituales. Una teología de la cruz traducida a la vida* (Bilbao-Santander-Madrid: Ed. Mensajero-Sal Terrae-Universidad de Pontificia de Comillas, 2016), 110-159.

³⁵ Los comentaristas ven en esta forma dinámica de presentar los dones, una repercusión trinitaria: la creación por el Padre, la redención a través del Hijo y los dones particulares propios del Espíritu Santo. Cf. Santiago Arzubialde, *Ejercicios espirituales de s. Ignacio. Historia y análisis* (Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009), 569-574.

don personal de Dios³⁶ que se confiere y se comunica en el amor a todas las criaturas³⁷. En este contexto, uno también debe interpretar el don del amor y de la misericordia que Dios concede, y ese don es el mismo Espíritu Santo (cf. EE 231)³⁸.

La contemplación *Ad amorem* ilustra plenamente la vocación del hombre a vivir el amor. El hombre, al contemplarlo, al meditarlo, se abre al amor de Dios, se llena de Él e irradia la misericordia. Se puede decir que este es el camino de la mística cristiana, en el cual el hombre busca y encuentra a Dios en todo; también es el camino en el que la persona ama y sirve a Dios en todo. El amor lo empujaba al servicio, así que se convirtió en un siervo del amor. Se trata de la “mística de la acción”, en la que el trabajo y el esfuerzo como un servicio a las personas, significan mucho. La oración y la acción, el hecho de dirigirse a Dios y al hombre son actitudes que están estrechamente relacionadas entre sí. Se puede afirmar que la “mística de la acción” tiene su origen en el hecho de abrirse a la misericordia de Dios, que “encuentra su máxima expresión y plena realización en la persona de Jesús, cuya actividad en esta tierra se caracterizó por su empeño por remediar la miseria humana mediante un modo Divino de obrar. Su Pascua y muerte venció nuestra muerte y nuestro pecado, y nos hace partícipes del amor eterno. Habiendo experimentado la misericordia de Dios, es imposible no ejercer y mostrar la misericordia a los demás”³⁹.

* * *

San Ignacio, habiendo experimentado el poder de la misericordia de Dios, vivía con un profundo deseo de ayudar a los demás. *Ayudar a las almas*, se convirtió en una expresión de su solícita preocupación por los demás⁴⁰, y por eso emprendió diversas iniciativas que tenían su origen en sus experiencias místicas, ya que al haber conocido el amor, con el que había sido amado, se entregó a sí mismo al servicio de este amor (cf. EE 98). Sí, el amor a Dios y la experiencia de la misericordia de Dios impulsaron

³⁶ Albert Vanhoye, *Accogliere l'amore che viene da Dio* (Roma: Edizioni AdP, 2007), 34.

³⁷ Harvey D. Egan, *Ignatius Loyola. The Mystic* (Collegeville, Minnesota: A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, 1991), 66.

³⁸ Dario López Tejada, *Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Comentario y textos afines* (Madrid: EDIBESA, 1998), 669-700.

³⁹ Piotr Kasiłowski, „Miłosierdzie w Nowym Testamencie”, *Studia Bobolanum*, nr 1 (2016): 39.

⁴⁰ Mark Rotsaert, „Accogliere la misericordia”, 20.

a Ignacio a buscar y encontrar a Dios en todas las cosas, lo cual se convirtió en un servicio a Dios en la Iglesia, y aquel ayudar a las almas.

La experiencia mística de Ignacio se convirtió en un lenguaje *praxis*, y así como había sido sumergido tan profundamente en la contemplación del amor de la Santísima Trinidad, así también se comprometió fuertemente en las cosas de Dios en medio de los hombres. El santo se entregó completamente a este servicio y lo confirmó con toda su vida. En este servicio se distinguió por amar a Dios en el hombre, especialmente en el que era pobre, rechazado o humillado. Sin duda alguna se puede afirmar que la misericordia de Dios, experimentada como la reconciliación y como vocación, se convirtió para él en una invitación para ser misericordioso⁴¹. La misericordia es para el hombre la luz que ilumina su vida y el camino que lo conduce a lo más profundo de su corazón. La persona que se abre a la misericordia de Dios se convierte en alguien compasivo y dispuesto a mostrar a los otros la misericordia Jesucristo⁴².

En resumen, quisiera recordar lo que escribió el Santo Padre Francisco en la Bula *Misericordiae vultus*: „Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado. Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre”³⁴³.

⁴¹ Luis M. García Domínguez, „La misericordia en el carisma de la Compañía de Jesús”, *Manresa. Revista de espiritualidad ignaciana*, t. 88 (2016): 12.

⁴² Tadeusz Kotlewski, „La misericordia, la luz de la vida. El camino para recuperar la esperanza”, *Studia Bobolanum*. 4 (2017): 23.

⁴³ Francisco, *Bula „Misericordiae Vultus”* (Roma: Libreria Editrice Vaticana, 2015), 2-3.

Bibliografía:

- Arzubialde Santiago. *Ejercicios espirituales de s. Ignacio. Historia y análisis*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009.
- Egan Harvey. *Ignatius Loyola. The Mystic*. Collegeville, Minnesota: A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, 1991.
- „Epistolae P. H. Nadal Societatis Iesu et Commentarii de Instituto”. T. IV. *Monumenta Historica Societatis Iesu*. T. 27.
- Francisco. *Bula „Misericordiae vultus”*. Roma: Liberia Editrice Vaticana, 2015.
- Francisco, *Discurso a los participantes en la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús*, Curia General de la Compañía de Jesús, Roma. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161024_visita-compagnia-gesu.html.
- García Domínguez Luis María. „La misericordia en el carisma de la Compañía de Jesús”. *Manresa –p Revista de espiritualidad ignaciana*. T. 88 (2016).
- García Mateo Rogelio. *Mística trinitaria. Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de Ávila*. Roma: ARCANE Editrice, 2014.
- García Rodríguez José Antonio. „Amor”. W *Diccionario de espiritualidad ignaciana (A-F)*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana. Director José García de Castro. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Ignacio de Loyola. *Obras completas*. Edición Manual. Transcripción, introducciones y notas de I. Iparraguirre, C. Dalmases, Cuarta Edición Revisada. Madrid: BAC Editorial, 1982.
- Ignacio de Loyola. *El peregrino – Autobiografía*. Introducción, notas, comentarios Jose M^a. Rambla Blanch. Bilbao-Santander: Ed. Mensajero-Sal Terrae, 2003.
- Ignacy Loyola. *Pisma wybrane. Komentarze*. T. I. Tłumaczenie Mieczysław Bednarz. Kraków: Wydawnictwo Apostolstwa Modlitwy, 1968.
- Juan Pablo II. *Enciclica „Dives in misericordia”*. Roma: Liberia Editrice Vaticana, 1980.
- Kasiłowski Piotr. „Miłosierdzie w Nowym Testamencie”. *Studia Bobolanum*, nr 1 (2016): 29-42.
- Kotlewski Tadeusz. *Z sercem hojnym rozpalonym miłością. O mistyce ignacjańskiej*. Warszawa: Wydawnictwo RHETOS, 2005.
- Kotlewski Tadeusz. „Mistyka Ignacego Loyoli. Wprowadzenie do *Dziennika duchowego*”. *Studia Bobolanum*, nr 1 (2012): 51-68.
- Kotlewski Tadeusz. „Sekret Ignacego Loyoli. Droga wtajemniczenia chrześcijańskiego w ignacjańskich Ćwiczeniach duchowych”. *Studia Bobolanum*, nr 2 (2014): 59-74.

- Kotlewski Tadeusz. *Amarse a uno mismo desde el fondo del corazón*. Traducción Xavier Bordas Cornet. Kraków: Editorial Misericordia, 2017.
- Kotlewski Tadeusz. „La misericordia, la luz de la vida. El camino para recuperar la esperanza”. *Studia Bobolanum*, nr 4 (2017): 23-38.
- Kowalczyk Dariusz. „La Trinità – Misericordia”. *Studia Bobolanum*, nr 4 (2013): 75-96.
- Kubacki Zbigniew. „Bóg miłosierdzia – refleksja teologiczna”. *Studia Bobolanum*, nr 1(2016): 5–28.
- Lera Monreal José María. *La pneumatología de los Ejercicios espirituales. Una teología de la cruz traducida a la vida*. Bilbao-Santander-Madrid: Ed. Mensajero-Sal Terrae-Universidad de Pontificia de Comillas, 2016.
- López Tejada Darío. *Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Comentario y textos afines*. Madrid: EDIBESA, 1998.
- Ribadeneira Pedro. *Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Jesús*. Barcelona: Librería de la Viuda e Hijos de J. Subirana, Editores, 1863.
- Rotsaert Mark. „Accogliere la misericordia”. *Ignaziana. Rivista di ricerca teologica*, nr 19 (2015).
- Ruiz Jurado Manuel. *El peregrino del la voluntad di Dios. Biografía espiritual di san Ignacio di Loyola*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.
- Thomas Joseph. *Le Secret des jésuites. Les Exercices spirituels*. Paris: Desclée de Bro-uwer Bellarmin, 1984.
- Vanhoye Albert. *Accogliere l'amore che viene da Dio*. Roma: Edizioni AdP, 2007.

Promieniowanie Miłosierdzia

STRESZCZENIE

Całe życie św. Ignacego, poczynawszy od nawrócenia w rodzinnym zamku w Loyoli aż do ostatniej chwili życia w Rzymie, to droga pielgrzyma szukającego i znajdującego Boga we wszystkim. Szukał Boga we wszystkich rzeczach, ponieważ sam został przez niego odnaleziony. Doświadczwszy obfitości Bożego miłosierdzia, mówił o nim w sposób bardzo osobisty i niezwykle bezpośredni. Święty żył z głęboką świadomością i wewnętrznym przekonaniem, że wszystko, co otrzymał i czym został obdarowany, wypływa ze źródła Bożego miłosierdzia. Nawet w najdrobniejszych sprawach widział przejaw wielkiej dobroci i łaskawości, którą Bóg mu okazywał. Dla Ignacego Loyoli człowiek, który pragnie w szczególny sposób doświadczyć Boga i Jego Miłosierdzia, nie rozpoczyna od patrzenia na stworzenia, ale kieruje swój wzrok ku górze, z której zstępują sprawiedliwość, dobroć, miłość i miłosierdzie. Przyjęcie miłości Boga staje się pierwszym krokiem, aby człowiek potrafił miłować. Odkrycie

tej Boskiej miłości we własnym życiu pomaga dostrzegać jej działanie we wszystkim. Kontemplacja *Ad amorem* z *Ćwiczeń duchowych* w pełni obrazuje powołanie człowieka do miłości, który – kontemplując, rozważając, otwierając się na miłość Boga – napędza się nią i promieniuje miłosierdziem.

Słowa kluczowe: Boże Miłosierdzie, Ignacy Loyola, duchowość chrześcijańską, Ćwiczenia duchowe

The Radiance of the Mercy

SUMMARY

The life of Saint Ignatius was a life of a pilgrim, who sought to find God in all things. He was looking for God because God had already found him. Having experienced the mercy of God, he spoke about it in a very personal and straightforward manner. He lived with the deep and interior conviction that everything he had received, flowed from the source of God's mercy. Even in the smallest things, he saw the expression of God's goodness and kindness. For Ignatius, the human person who desires to experience God turns his /her sight to God, from whom comes righteousness, goodness, love and mercy. The acceptance of the love of God becomes the first act which enables a human person to love. Discovering God's love in his or her own life allows a person to find God's presence and activity in all things. The Contemplation *Ad amorem* of the *Spiritual Exercises* fully reveals that the vocation of every human being is love.

Keywords: Divine Mercy, Ignatius de Loyola, Christian Spirituality, The Spiritual Exercises